LA NOVELA PIC

1
232190



BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

25 cts

UNA SIESTA EN EL GRANERO

POR JUAN DE LA OLIVA

1

232190

47/148144

Año IV. Núm. 154.

LA NOVELA PICARESCA

Esta publicación, como sus iguales en el extranjero, viene a dar todas las semanas el aspecto alegre y sano de la vida en tono regocijado y desenvuelto, pero dentro del más depurado estilo literario.

Una siesta en el granero.

NOVELA

POR

JUAN DE LA OLIVA

Dibujos de ZALA

*

PUBLICACIONES
EDITORIAL FLÉRIDA
Calle de Alcalá, 177
MADRID

En el próximo número

La mujer de cuarenta años

POR

JUAN DEL TURIA

LA NOVELA EXQUISITA publica esta semana una deliciosa novela, titulada

Todo... a través de la reja

POR

TOMÁS ORTIZ

Ningún lector debe dejar de leer el

Almanaque de la Novela Picaresca

de 1925, que se está agotando

EL EXITO MAYOR DEL AÑO

Precio: UNA PESETA

R. 3207092

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

UNA SIESTA EN EL GRANERO

I

¿Será necesario que lo diga?... Sí: quiero dejarlo consignado en estas Memorias, por dos razones: primera, por acariciarme la imaginación con el recuerdo de sus gracias; y segunda, para que quienes me lean sepan desde el primer momento que van a habérselas—es decir, que van a ver cómo me las he habido yo—con una muchacha gentil y adorable: mi prima Julia.

Antes de mi llegada al pueblo yo no la conocía ni aun por esos retratos fementidos que suelen cambiarse entre los miembros de una familia bien avenida, aunque dispersa. Así, tuve un gesto de compasión para la rusticidad de mi tío—¡el pobre, tan bueno y tan palurdo!—cuando la vi, ¡tan hermosa!, al lado de su padre, escudriñando con una mirada de viva curiosidad el interior de los coches de segunda, empinada sobre la puntita de los pies desde el borde del andén en que me aguardaban. En

aquel momento tuve la intuición de que no habría sido ella quien menos hiciera por procurar mi arribo al pueblo donde vegetaban, sino que, encubiertamente—con la artera y solapada habilidad en que tan sólo los jesuítas pueden rivalizar con las mujeres—, habría hecho todo lo posible por conocer al primo de fama bullanguera y aureola de pícaro afortunado que era yo por entonces.

Salté del tren con mi pequeña maleta en la mano, abracé primero a mi tío, después a "ella". Julia me presentó la frente, un poco ruborosa; pero yo, que en un instante me había trazado mi plan de campaña, empecé inmediatamente el ataque, y fingiendo aturdimiento, incliné un poquitín la cabeza y la besé entre los labios. Dentro de la rapidez honesta que esta clase de saludos exige—sobre todo si está presente toda la parentela—, juro que me detuve en aquellos labios golosos más de la cuenta una eternidad de diez segundos, oprimiéndoselos con mi boca y mirándola mientras a los ojos para observar cómo crecía el rubor de su cara, encendida como una amapola ante tamaña audacia.

Mi prima parecía asombrada, con el estupor de los labios violados y profanados, pero en el fondo no debió de sentir disgusto de mi entrada, muy de acuerdo precisamente con el concepto de calavera que de mí teníase formado. Y si acaso en algo se sorprendió, fué en la prontitud de mi ataque.

Después de las consiguientes preguntas sobre la salud de cada una de las personas de la familia, y los imprescindibles comentarios de todos al habitual retraso de los trenes, emprendimos la marcha en dirección al pueblo, no muy alejado de la estación.

Era una clara noche de luna; yo miraba las casitas bajas, chatas, cerradas, y me sorprendía de que a tales horas fuese tan completo el silencio. Eran las nueve y media y parecía pasada la media noche.

De improviso mi tío me rodeó el cuello con su brazo, y, dándome una palmada en el hombro, le dijo a Julia con acento amistoso:

—¡Ea, niña! Ya está aquí el sinvergüenza de tu primo. ¿Qué tal te parece el truhán?

Nos miramos ella y yo, sonriendo, y me anticipé para evitarle el trabajo de responder:

—¡Hombre, hombre! ¡Qué cosas tiene usted!—dije a mi tío—. ¿Cómo quiere que diga la muchacha lo que de mí esté pensando?...

Ella comenzó a reírse para ocultar su azoramiento.

—Estaba pensando—dijo por fin—en decirle a mi padre que no te llamara sinvergüenza. Y... ya se lo he dicho.

¡Cosa extraña! Este calificativo en sus labios, lejos de molestarme, halagaba mi vanidad como el beso que le da a uno una mujer bonita sin haberlo pedido.

Dos o tres veces durante el camino, y como éste se estrechase hasta convertirse en trocha, mi tío echó a andar delante de nosotros; mi prima le seguía y yo marchaba detrás de ella. Las dos o tres veces tuve buen cuidado de ceñir sus caderas con

mis manos, como quien toma entre éstas un búcaro de airoso talle, y pude comprobar que el de Julia no desmerecía en nada del de las más ágiles y elegantes muchachitas de la capital...

Llegados a la casa, y después de saludar a mi oronda y quejumbrosa tía, estuvimos cenando. A los postres pude advertir, por la conversación de sobremesa, que abrigaban contra mí no sé qué aleves y tenebrosos proyectos de matrimonio, cosa que, en verdad, no me preocupó mucho: ¡tan seguro estaba yo de que era de esos felices mortales que no han nacido para casados! Hasta las once y media les estuve entreteniendo, a ruegos de unos y otros, con el relato de sucesos de mi vida en Madrid; narraciones en que la mentira se mezclaba a la verdad de modo que ni yo mismo hubiera podido desenmarañar ésta de aquélla... Finalmente, mi tío expuso la conveniencia de que se fuese "cada mochuelo a su olivo", y hubimos de levantarnos de la mesa; por mi parte, lo hice conmovido de una súbita congoja inexplicable, que oculté, naturalmente, con el mayor cuidado: ya había yo atisbado si las criadas eran "asunto aprovechable", con el designio oculto de hacer con ellas lo que suelo; esto es, irme a buscarlas cuando todo el mundo duerme, pues todos convendréis conmigo en que no hay nada tan desabrido y molesto como el dormir solo, y más aún después de un viaje dichoso y no largo. Pero mis pesquisas habían rendido el resultado más triste: las domésticas de mis tíos no eran aceptables, ni mucho menos; la una, harto fea y más vieja de lo que puede soportar mi estómago; la otra, pequeñeja, sucia y tan mezquina, que alejaba las ganas de mirarla, contra y más de acercarse a ella con intenciones, naturalmente, libidinosas... Y, sin embargo, esta última, que fué la encargada de guiarme a mi alcoba, a pesar de sus pocos años y menos atractivos, comenzó a hacerse la remolona, resistiéndose a salir del cuarto, hasta que yo, irritado y mohino, hube de mandarla salir.

Entonces salió corriendo y yo quedé triste, pero resignado.



II

Al otro día, muy temprano, entró mi tío a llamarme.

—Anda, vístete—me dijo—, que te voy a llevar a ver mi hacienda.

Hícelo muy de mala gana, pero sin protestar. Y juro que nunca he pasado tanto calor como aquel día.

Por la tarde me invitó mi tía a dar un paseíto por el campo, y esto ya fué cosa distinta, pues la compañía de Julia me lo hizo agradable en extremo. Sentóse la madre en un ribazo, cansada a la mitad del paseo a causa de su humanidad excesiva, y nos dió permiso para seguir correteando por aquellos lugares.

Como pájaros que huyen al ruido de unas pisadas, nos alejamos inmediatamente, entre carreras y saltos pueriles. Luego, y como la mamá nos sisease discretamente, refrenamos la marcha y... volvimos a alejarnos otro poco, esta vez en sosegada plática, entretenidos con un tema muy interesante—de seguro alguna tontería que ahora no recuerdo—.

¿Habré de repetir cuánto me gustaba mi prima?... Era rubia y tenía una encantadora malicia en los ojos cuando sonreía. Su cuerpo era lleno, apretado, ni delgado ni grueso, pero flexible. Llevaba un sencillo vestido blanco, que le dejaba al descubierto los brazos y que en el pecho se hinchaba graciosamente —como la vela de un navío—con el firme y suave empuje de los senos.

Yo me ocupaba, por todos los medios no alarmantes, de hacerle comprender lo mejor posible la impresión que la vista de aquel movimiento acompasado producía en mi ánima.

Julia callaba, bajos los ojos, y no sabiendo qué hacer de las manos—por lo visto, no quería preguntarme—, jugueteaba con su collar de cuentas celestes.

—Pero estate quieta con el collar, chiquilla—le dije, interrumpiéndome para aprovechar aquel pretexto que ofrecía a las ansias aventureras de mi tacto. Al decírselo le di un golpe en las manitas, mientras mis dedos recorrían, como al descuido, la suave curva de uno de sus pechos.

El collar se desabrochó y cayó al suelo.

—¡Ay! ¡Qué brutango!—se lamentó—. ¡Lo que a ti te importaría!...

Cogí el collar de tierra y le dije:

—Vuélvete, que voy a ponértelo.

—No—protestó ella—; yo me lo pondré solita.

—Quita, mujer. ¿Qué más te da? Yo que te lo he soltado...

—No, no; que no me fío de ti.

Porfiamos; hube de ceder y entregarle el collar. Entonces ella se llevó los brazos al cogote para abro-

charlo (y su pecho se levantaba con movimiento fiero y dulce a la par). No podía; una torpeza sospechosa le impedía enganchar ambos extremos.

Yo, por vengarme de la pasada obstinación, la estuve contemplando un ratillo, y hasta le facilité la tarea, advirtiéndole:

—Pero, mujer, abróchatelo por delante, y luego le das la vuelta.

Enrojeció ella, como si le hubiese descubierto un pecado gravísimo, y me miró con un relámpago de rencor en las pupilas. Pero fué a hacer como yo le decía. Entonces me acerqué a mi prima y le evité la molestia, sin resistencia ya por su parte.

—Deja, tonta, deja...

Y tomé las puntas de la sarta de cuentas celestes.

Hacía ya un rato que me estaban tentando la linda curva apetitosa del cuello y aquellos ricillos ligeros, finísimos y endiablados de su nuca, que me sugerían la imagen de los que habría de tener, incipientes, en sitio más íntimo y deleitoso... Puse, pues, mis manos pecadoras en su garganta, y el pelillo del cogote virginal, tan sugestivo como queda dicho, me hizo perder el tino.

—Pero ¿qué haces, hombre? ¿Es que no puedes cerrarlo?—me apremió con voz que no sabré decir si revelaba la mayor inocencia o la picardía mayor del mundo.

Sin poderle contestar, le besé la nuca con repetido ahinco, con obstinado denuedo... y con miedo de dejarle que me hiciera cara, no fuera a deshacer la mía de un tortazo.



Confieso que aquel inconfesable temor mío no tenía fundamento. Era ella la que no atrevíase a moverse, por temor de encenderme más. Así, se limitaba a protestar en voz baja y angustiada:

—No seas tonto, no seas tonto. ¡Suelta!

Lejos de obedecerla, pasé mi mano por debajo de su brazo y, entrándola por el escote de la manga, le acaricié un pecho redondo, redondo..., tibio y palpitante.

Entonces Julia, tras un momento de indecisión y desfallecimiento, se desprendió de mí con violento arranque.

Estaba un poco enojada, pero un poco nada más. Con palabras amargas, que no excluían cierto dejo dulcísimo, se me quejó de que hubiera hecho aquello en pleno campo, expuestos a una sorpresa bochornosa; y me hizo prometerle que tal hazaña no se volvería a repetir.

Comprendiendo que en el fondo no estaba pesarosa de lo ocurrido sino por la circunstancia del lugar, la miraba yo en silencio y le mostraba como podía—por medio de insinuaciones de mi mano derecha, caída negligentemente sobre mi muslo—cuánto era el fuego y el impulso que se represaban en la encrucijada viril donde ella tenía clavada su mirada candorosa...

Cuando volvimos junto a mi tía, que ya nos había llamado varias veces, nada anormal se podía observar en nosotros. Y, sin embargo, Julia y yo estábamos desde aquella tarde venturosa roídos de incipientes deseos, que son los más terribles.

III

—¡Espérate, Julia! ¿Dónde vas tan de prisa? —le dije saliendo a cortarle el paso.

—¿Qué quieres, hombre? ¿No ves que estoy ocupada?

Estábamos solos en el piso alto. Mi tío había salido, como acostumbraba; mi tía andaba en la cocina, guisoteando para hacerme debidamente los honores culinarios de la casa; las criadas, entregadas también a sus domésticas ocupaciones. Así, pues... La soledad, el silencio y una grata penumbra de persianas corridas y postigos y puertas entornados nos eran cómplices allá arriba.

¿Qué hacer, Dios mío, cuando se está solo en un piso alto con una primita que sonríe, a pesar de conocer ya, por reiteradas experiencias, nuestros desmanes?

"Cuando se va y se viene y se está junto siempre...—ya lo dijo el poeta—, el tiempo, la ocasión..."

Honradamente afirmo que no me excedí, y esto bien lo puede comprobar quien siga leyendo.

Díganme si es un exceso en tales circunstancias el coger a la muchacha por la cintura—por aquella divina cintura, fina y flexible—e intentar cubrirle la cara de besos. Todo el mundo estará conforme en que era bastante poca cosa lo que yo pretendía. A ella, en cambio, no debió de parecerle así, porque comenzó a huir el rostro, echando atrás, en un gracioso escorzo, el busto, y quedando sujeta por el talle entre mis brazos. (Por cierto que la tal maniobra me puso impensadamente en fiero trance, ya que el vientrecillo de Julia entró en contacto con el mío, y sus muslos, entreabiertos, aprisionaron, sin quererlo, el mío izquierdo, y... Pero no adelantemos los acontecimientos.)

La virgen se defendía riendo atolondradamente. Entonces yo, no pudiendo alcanzarle la boca, puse mis labios en su garganta, en su pecho, en la incitante punta de un seno que se erguía bajo la bata.

—No, no; ahí no—condicionó ella.

—Pues, entonces, dame tu boca.

Transición. Contuvo su esquividad un momento y, mirándome desconfiada, pero amistosa, me dijo:

—¿Serás formal?... La boca, pero nada más que una vez.

—Sí, Julia una vez nada más... Anda...

¿Una vez? ¡Sí, sí!... Una y mil veces. ¡Y con qué vehemencia, con qué fuego correspondía ella a mis caricias! Nuestros labios se apretaban, se estrujaban, como si quisiéramos hacer brotar en ellos la sangre. Aquello no tenía fin. (Al menos no podía tener un fin sencillo como fué su empiezo.)

Estábamos abrazados; el cuerpo de Julia se agitaba en una finísima y prolongada vibración... Yo, por no ser aquélla la primera vez que sufría el dulce martirio de los deseos apremiantes, dominaba más que ella mi agitación, pero tampoco estaba muy tranquilo. Según el juego que mantenían nuestras bocas—los labios mutuamente apresados entre los dientes o bien las lenguas unidas en secreto y húmedo coloquio de miel y brasa—, se podía creer que se nos había subido a ellas todo el ímpetu de los sexos: la mía atacaba ansiosa, voraz, dominadora; la suya se abría, se plegaba y sometía, con sumisión ardiente, a mi capricho. Y al mismo tiempo, las manos de ambos buscaban bajo las ropas contactos y roces y caricias verdaderamente pecaminosos.

... De pronto, Julia cesó en su suave agitación; me miró largamente a los ojos con mirada moribunda a través de sus párpados entornados y dobló dulcemente su cabeza sobre mi hombro como una flor que al mustiarse desfallece sobre su propio tallo. Por mi parte sentí que el alma se me salía del cuerpo, y, en busca de ella, recorrí con boca agradecida las mejillas, los ojos cerrados, la frente de "mi Julia". No sé por qué, pero desde aquel dulcísimo instante tuve la sensación de que Julia me pertenecía. "Después" nos separamos blandamente.

—¿Sabes lo que me ha pasado?—le pregunté a mi prima.

—¿Acaso lo mismo que a mí...?

Fingí no creer que a ella le hubiera sucedido tan dulce percance:

—Tienes que enseñármelo para que me convenza.

—Si no quieres, no lo creas.

—No, no; enséñamelo.

Como "ya" era yo quien ejercía sobre ella el supremo magisterio de amor, Julia no se hizo rogar. Cogióse con dos dedos la punta del vestido y lo levantó poco a poco, dejándose admirar sus lindas piernas. Luego, señalándose con el índice la liviana camisilla a la altura del sitio adorable donde sus muslos confluían, me dijo con un gracioso tono de reproche:

—¿Ves? ¿Ves, malito, cómo me has puesto?

Yo, para defenderme, no hallaba, en realidad, mejor argumento a mano que el de reprocharle a ella lo mismo:

—Pues..., ¿y tú a mí, bonita? Mira: trae la mano...

Se oyeron pasos en la escalera. Huyó de mí la dulce mano, que ya se me entregaba sumisa, y la falda cayó con rápido movimiento, como telón de un sugestivo escenario. Compusimos nuestras figuras; sentóse Julia, muy colorada todavía, ante el piano abierto y, cuando entró mi tía preguntando:

—Pero ¿qué hacéis aquí tanto rato, hijitos?

—Le estaba enseñando al primo una pieza nueva—contestó mi prima.

Y dirigiéndose a mí añadió:



—¿Verdad que es muy bonita? ¿Verdad que te ha gustado?

Animado por su audacia ingenua respondí:

—Mucho. Me ha gustado muchísimo. ¡Anda, tócamela otra vez!



IV

Habíamos convenido mi prima y yo en que al día siguiente pasaríamos las horas sosegadas de la siesta en aquel desván, mitad pajar, mitad granero. Era yo, naturalmente, el autor de la iniciativa; el ambiente tibio, dorado, sano del granero; el olor campestre que allí había, el aire reseco, la blandura de la paja allí amontonada, el frescor de los acervos del trigo ya limpio que en los rincones alzábanse en suaves montículos, despertaban en mí una gran voluptuosidad de égloga virgiliana o de pasaje bíblico, una sensualidad calmosa, que me hacía desear la compañía—nada más que la compañía—de una mujer medianamente hermosa, sencilla y juvenil, y, sobre todo, cimbreña, como el junco a la orilla de los riachuelos; una mujercita cariñosa y bienoliente como era mi prima.

Con los consiguientes remilgos previos, ella accedió a mi súplica y concertamos la manera de vernos sin peligro.

—Tú subes primero, sin hacer ruido, y luego subiré yo—me dijo.

Así lo hice. Me descalcé, para evitar el lamentoso y lamentable crujido de la escalerilla de madera que daba acceso al desván, y con mil precauciones llegué arriba.

Tendíme sobre un gran montón de paja, después de haberme cerciorado de que estaba arrimada junto a la ventana la escalera de mano que podía facilitarme, en caso necesario, la huída al corral, y me puse a esperar a Julia. No tardó mucho en subir. También traía los zapatos en la mano. Echó el cerrojo y me advirtió que si alguien quería entrar, saltara yo inmediatamente fuera. Ella diría que había subido a quitarse una pulga que la estaba martirizando, y que había cerrado por que nadie la viese.

—¿Una pulga, dices? Yo te la quitaré—le interrumpí bromeando.

Y pugné por alzarle las ropas.

Ella estaba sentada junto a mí, en un montón de trigo. Sus piernas, enfundadas en unas medias blancas de hilo, resaltaban limpiamente sobre la dorada ola movible. Se defendió con mucho tesón, por lo mismo que sabía que estábamos definitivamente solos; y no fué pequeña mi empresa de poner al descubierto sus rodillas y llegar con temblorosa mano hasta el primer valladar y descanso, que es, desde tiempo inmemorial, en la feliz carrera, el punto en que se tropieza con las ligas. La media estaba allí arrollada—según costumbre de toda mujer hones-



ta—. Un centímetro más en mi avance y rozaría con mis dedos la carne viva de sus muslos, la carne inviolada, prieta y blanquísima de los muslos de Julia.

—No, no subas más... ¡Por Dios!... No abuses de que estamos solos—me hizo considerar ingenuamente.

—Tranquilízate. No pasaré de ahí.

Y al decirlo, en efecto, mi mano entera había ya pasado de "allí" y apretaba amorosamente la suave ladera que lleva a vertientes más recónditas y abismales. Todo mi empeño, como podrá comprenderse, era llegar al punto, clave y meta del amor humano; pero no podía conseguirlo. Mi prima obstruía con ambas manos el paso de aquel desfiladero y apretaba los muslos con tal fuerza, que todas las mías eran insuficientes para separárselos. En este trajín, inclinada como estaba sobre mí, el descote de su bata me permitió contemplar sus pechitos, que eran como dos manzanas de las más hermosas, como dos manzanas que penden del árbol en espera de la mano rapaz y golosa que las haga suyas para saborear su dulce jugo. Entonces decidí atacarla por aquel nuevo reducto. Por sorpresa, introduje por allí uno de mis tentáculos y atrapé la esferilla derecha.

—Tampoco; eso, tampoco... Suelta...

—O lo uno o lo otro, nena.

—Nada, nada. Eres un infame. Estás abusando de mí, pero nada conseguirás.

—¿Y ahora?—repliqué triunfante—. ¿Ves, ves cómo te puedo?

Mi mano izquierda, al acudir ella a proteger su seno amenazado, encontró, al fin, desguarnecida la fortaleza del Sur; las avanzadillas de mis dedos habían llegado, en una sola jornada de marcha, hasta las alambradas enemigas. Quiere decir que ya hurgaban y se abrían paso entre unos rizos semejantes a los que en su blanca nuca me habían hecho perder el tino anteriormente.

—¿Qué haces, primo? ¡Qué vergüenza! ¡Qué apuro!—gimió vencida la virgen, pero con voz tan reveladora de que todo aquello no le producía sino placer, que yo, dejando clavado el dedo corazón en el vértice de sus muslos, hube de detenerme en el *introito* para preguntarle abiertamente:

—Bueno, primita; esto es ridículo. Déjate ahora de vergüenzas y vanos temores y contéstame la verdad. ¿Te gusta o no te gusta?

E inicié un falaz movimiento, como si en realidad fuera a retirar definitivamente la mano exploradora.

—Sí, sí me gusta. Pero no te enfades, por lo que más quieras, encanto mío.

Mi prima había capitulado. Sólo una condición puso al entregárseme: la de que yo no quebrantase la frágil y divina telilla protectora del honor femenino y salvaguardia de la libertad del hombre, por cuanto su respeto evita a éste enojosas complicaciones y a aquélla bochornosos abombamientos del escudo elástico.

Prometí respetar tan venerable símbolo. ¿Qué no promete y jura un hombre en ciertos trances, con tal de dar expeditivo cauce a sus ansias?

Poco a poco, con calmoso deleite, la fuí desnudando: quería verla sin velos ni tapujos. Más trabajos me costó dar cima a esta tarea que apoderarme luego del tesoro de su desnudez. A cada prenda que caía, la doncellica se defendía más ahincadamente de un nuevo despojo. Tuve que reiterarle varias veces mi amenaza de enfado definitivo para que a la postre cediese por completo.

Era ciertamente hermoso el desnudo de mi primita, y largo rato me tuvo embebido en su contemplación. Los pechos, duros, cínicos, levantados, parecían—como dicen los buenos escritores—moldeados en una copa bizantina, o, según a mí se me ocurrió entonces, en el solideo de un cardenal del Renacimiento. Los hombros, de una deliciosa blancura, invitaban, por lo armónicos y suaves, ya a reposar en ellos la cabeza, ya a morderlos sin piedad hasta verlos sangrar para seguir luego con la boca, hacia abajo, los senderillos que la sangre formara. Las caderas, el torso, el vientre delineaban un ánfora palpitante en cuyo interior mis ojos adivinaban en fermentación el vino del deseo. Las piernas... Juro que, desde que la admiré desnuda, no pude detener un solo momento mi atención en la belleza de sus piernas: me lo vedaba el áureo triángulo en que ambas convergían, tan sugestivo y atrayente, que de allí no podían bajar mis miradas, enredadas incansablemente entre sus graciosas volutas.

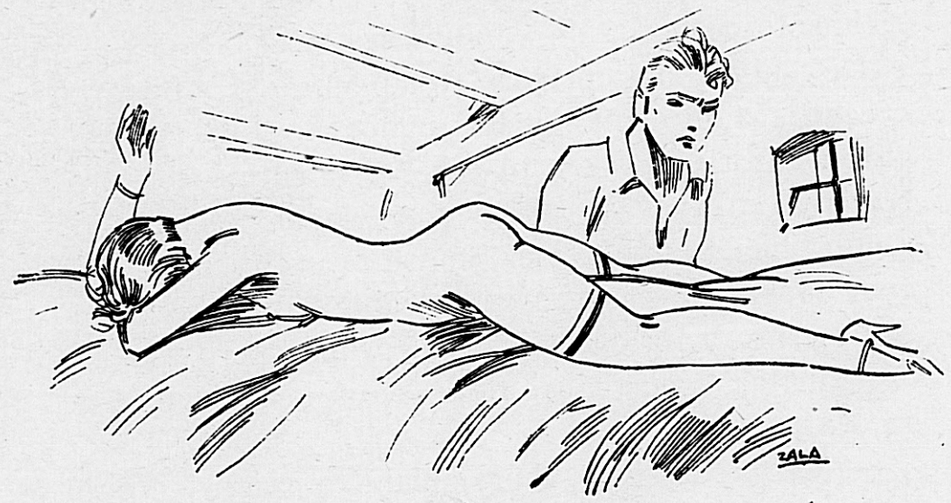
Julia, entre tanto, ocultaba su rostro entre los brazos; pero yo, como un perro goloso y oledor, la examinaba por todos lados y le escudriñaba todos los rincones con placentera y deleitosa demora. Ya le palpaba un pecho, ya deslizaba mi mano por su talle hasta el barranco fresco de su grupa, ya provocábale cosquillas aperitivas debajo de los brazos y en la espalda, ya dejaba un beso—que era más bien un frustrado mordisco—en algún hoyuelo o en algún lunar descarriado... Cuando, al fin, ella empezó a devolverme las caricias recibidas, yo torné al tema de mi primera investigación, que no era otro que el vellocino liviano que denominan "el monte de Venus", cual si, en lugar de lindas y doradas hebrillas de pelo, fueran dulces mirtos lo que lo poblaran. ¡Inefable montículo! ¡Cómo registraron y se hundieron mis dedos en la maleza que lo cubría!...

Los dedos finos, señoriales, de Julia, no dejaron de buscar reciprocidad; y como el miembro que más aprecio levantaba ya su cabeza con la angustia de un náufrago que no quiere morir, derribé suavemente a mi prima sobre el montón de la paja y me dejé caer encima.

Mas ¡qué enorme problema se me planteaba entonces! Por un lado, cierta natural prudencia que me ha hecho siempre rehuir el menor riesgo de matrimonio; por otro, la formal promesa que había hecho a mi prima minutos antes y que no quería

quebrantar en manera alguna, aunque bien lo deseaba mi cuerpo... Así, no acababa de decidirme a desfogar mis ansias por el camino más eficaz y directo, tan al alcance de cualquier hombre cuando tiene ante sí una mujer a punto de ebullición. Julia, por su parte, manejaba el timón de mis anhelos con una soltura maravillosa..., y sospechosa que, por lo mismo, me hacía rehusar el ataque supremo. Dirigí, pues, las embestidas de mi poderoso ariete contra el flexible muro de su vientre; pero con esto no logré sino provocar las lamentaciones de la cuitada, que pugnaba con una mano por enderezarlo hacia más bajo, practicable y expugnable objetivo, y con la otra se andaba en el valle angosto que se extiende a la ribera del famoso monte venusino, como si quisiera—traicionándose a sí misma—facilitar la entrada con la patrulla de sus dedos al grueso de mis ejércitos...

En aquel instante y como extremo recurso, volví boca abajo el cuerpo gentil que se me brindaba desmadejado y convulso sobre el lecho de paja, y ¡entonces sí que ataqué brioso y decidido por una brecha que hasta aquel día no había utilizado en ningún campo de operaciones enemigo! (Hoy, ¡Dios me valga!, no puedo afirmar otro tanto: son muchas las experiencias que he hecho ya sobre femeninas entradas a la recatada morada del goce, y creo, además, que no hay hombre completo mientras no conoce todos los caminos, sendas y vericuetos del amor.) Quiero hacer constar, sin embargo, y en honor mío, que "aquello" no me satisfizo sino de momento y como precio de mi libertad de soltero, que adivinaba en peligro si entro por la otra puerta. Pero menos aun le satisfizo a Julia solución semejante; aunque en el momento exacto de recibir la andanada dió locuaces y agitadas muestras de sorprendido agrado, pasado aquel prolongado segundo, me miró de hito en hito con despecho



y acabó por reprocharme abiertamente mi egoísmo. Finalmente, vuelta hacia arriba, con los muslos en franco ángulo acogedor y los ojos entornados, me invitó a satisfacer sus deseos despiertos, pero no apagados aún. En la maraña del sexo se le habían quedado enredadas algunas briznas de paja.

Como el peregrino sediento se inclina sobre una fuente que la Providencia pone en su camino, me incliné yo sobre la fuente del amor y la vida. Mas antes, con franciscana humildad, fuí besando la tierra que mi lengua errante "pisaba". "Hermano

muslo, hermana entrepierna, hermano lunar, hermanitos ricillos" parecían rezar mis labios en el sabroso recorrido hasta hundirse en la sabrosa gruta donde habían de hacer penitencia. Al arribar mi lengua al puerto, Julia comenzó a remover su lindo cuerpo sobre la paja y a agitar en el aire sus hermosas piernas. Poco esfuerzo hube de poner en la grata fanea... Mi prima estaba ya al empezarla materialmente deshecha de voluptuosas ansias.

De súbito, las piernas volanderas se aferraron cruzadas a mi lomo, y las manos de Julia se crisparon ensortijadas en mi cabello, mientras ella prorrumpía en ayes de placer que, como crecieran de punto, hiciéronme temer no se oyeran en lo más apartado de la casa. Alcé la cabeza para recomendar mesura a mi encalabrinada prima; pero ésta, de un manotazo, me redujo de nuevo a la esclavitud de su sexo.

—¿Vas a dejarme ahora, malito? ¡Sigue, por lo que más quieras, sigue o me muero!...

Seguí, pues, como me suplicaba; pero, por lo visto, estaba de todos modos decretada su muerte momentánea, porque de allí a poco—ahora en tono más apagado y quejumbroso—, Julia volvió a lamentarse, mientras con laxitud inequívoca aflojaba las dulces cadenas en que me había tenido prisionero:

—¡Ay, primito!... ¡Ay, vida mía, me has matado!...

V

Concluída del modo que queda dicho nuestra agitada y peligrosa siesta, Julia y yo nos vestimos y, sin quedar en nada para la tarde siguiente, nos separamos. Ella bajó primero. Yo, un rato más tarde.

En el jardín, al anochecer, y luego, durante la cena, ni a mirarnos nos atrevíamos, no fueran a sorprender en nuestros ojos el pecaminoso secreto.

Ya en mi alcoba, al recogerme, me di a meditar. No estaba contento de lo que me iba sucediendo: de una parte, aquellos inocentes escarceos a que se prestaba mi prima no me podían satisfacer a mí, hombre práctico ante todo, enemigo de sutilezas y melindres a quien siempre ha gustado irse derechamente al bulto; de otra, comencé a afirmarme en mi sospecha de que las complacencias de Julia no fuesen sino producto de los inconfesables cálculos de mis tíos, que deseaban unirme a ella en matrimonio por el aquel de que mi herencia paterna no era grano de anís. ¿No estarían, tal vez, preparándome entre todos una celada?



Lo cierto es que decidí, no sólo contener mis ímpetus respecto a la muchacha no pasando más allá de la famosa telilla que la Moral pone en lo más frágil como salvaguardia del honor, sino hasta privarla de toda ingenua satisfacción venial. Mas, como el dios Príapo me tenía llenas de fuego las venas, me di a buscar por el pueblo y sus aledaños cumplidas satisfacciones a la marejada de lujuria que mi prima había provocado en mí.

No sé si es que me di un gran arte o que la suerte favoreció mis designios, pero es el caso que los veinte días que pasé en el lugarón después de lo que llevo referido, bastáronme para hacer que quince vírgenes rurales dejaran de ser lo primero—aunque reconozco que en tres ocasiones empleé la fuerza—, y para hacer sentir el terrible empuje de mi virilidad a otras cinco lugareñas que tiempo hacía habían dejado de ostentar la palma a la vara de azucenas simbólicas. Y esto en perjuicio de tercero casi siempre.

Como me había granjeado algunos enemigos —achaque de todos los donjuanes—y no faltaban animales de uno y otro sexo que habían jurado cortarme de raíz la causa de tanto agravio y tanto desafuero, mi nativa prudencia me obligó a salir oportunamente del pueblo. No dejó mi prima de verter algunas lágrimas de despedida, ni mis tíos dejaron de lamentarse por el mal suceso de sus casamenteros planes.

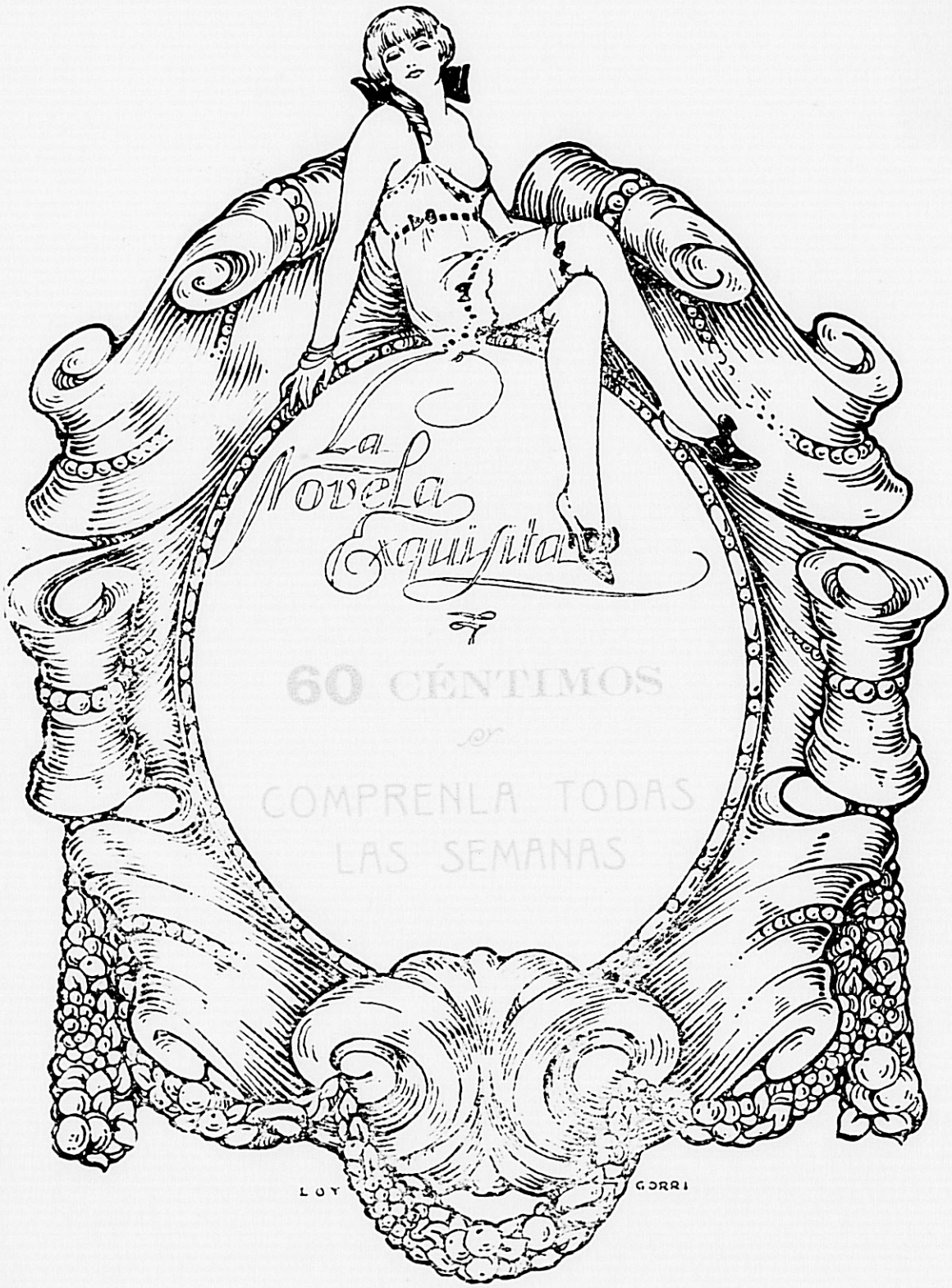
Y ésta es, lector, la historia sencilla—que pudo ser demasiado complicada—de mi estancia en el

pueblo de mis parientes, lugar de cuyo nombre no quiero acordarme, aunque él recuerde el mío y no unánimemente con alegría.

Aquí me tienen ustedes, sano y salvo, pasados ya quince años de todo aquello y dispuesto a darles por... final de este relato un consejo: Padres los que tenéis hijas virginales y sobrinos plenipotentes, pensad que ésta mía es la novela mil y una sobre tan socorrido tema, lo que prueba que "algo tendrá el agua cuando la bendicen"; es decir, que es un mal negocio alojar sobrinos varones en casa; si lo hacéis inocentemente, porque pueden dejar a vuestras hijas en mal estado o en un estado mucho peor que malo, interesante, y si es que preparáis al mozo un cepo nupcial, porque el cebo de la trampa, vuestras hijas, pueden salir del trance con uno de sus bellos ojos estropeado...



NACIONAL
MADRID


La Novela Exquisita
60 CÉNTIMOS
COMPRENLA TODAS
LAS SEMANAS
LOY
GORRI